



Sobre la subjetividad de los estados eróticos de la mente¹

Martin Stephen Frommer, Ph.D.²

Institute for Contemporary Psychotherapy in New York City

Este artículo explora ciertas dimensiones subjetivas de la sexualidad proponiendo que la experiencia erótica se basa en una experiencia de la alteridad dentro del self. Sugiero que la capacidad para gozar donde uno ama es contingente con la capacidad para incluir esta alteridad del self en el contexto del apego. El descenso del deseo en las relaciones de larga duración puede ser comprendido no como un fallo en la integración del deseo con el amor sino como la ruptura de los procesos disociativos normales de los que depende el deseo. Propongo que la alteridad de los estados eróticos de la mente emerge a través de las dinámicas entrecruzadas de las normas sociales sobre la formación de la identidad. Esta nueva comprensión nos permite explicar las tensiones psíquicas y las fuerzas potenciales que fracasan al combinar erotismo y amor.

Palabras clave: Subjetividad, Sexualidad, Identidad, Deseo erótico.

This paper explores certain subjective dimensions of sexuality by proposing that erotic experience is predicated on an experience of otherness within the self. I suggest that the ability to lust where one loves is contingent on the capacity to bring this otherness of self forward in the context of attachment. The dampening or deadening of desire in long-term relationships may be understood, counterintuitively, not as a failure of the integration of lust with love but as a breakdown of the normative dissociative processes on which the emergence of lust depends. I theorize that the otherness of lustful states of mind emerges via the impact and dynamic interplay of social regulatory intrusions on identity formation. This understanding helps explain both the psychic tensions and potential sources of breakdown present in combining lust with love.

Key Words: Subjectivity, Sexuality, Identity, Lust.

English Title: On the Subjectivity of Lustful States of Mind.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Frommer, M.S. (2009). Sobre la subjetividad de los estados eróticos de la mente. *Clinica e Investigación Relacional*, 3 (2): 241-260.

[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/CEIRPortada/tabid/216/Default.aspx>] [ISSN 1988-2939]

He descubierto que si mantengo esas variadas fantasías erráticas no censuradas, éstas podrían descubrir partes de mí misma que estarían en otras circunstancias totalmente escondidas. Me ha interesado especialmente la fracción de tiempo que precede al orgasmo. ¿Qué pensamiento, qué dinámica, qué imagen podría producir ese “final”, esa mágica pérdida de control?

Ese era el momento “pivote” que parecía unir la conciencia con lo divino, y con mayor frecuencia que sin él, encontré este elevado camino inspirado por actividades completamente marranas.... Este encuentro de galaxias que confluyen me sigue fascinando.

Toni Bentley (2004). *The surrender: An Erotic Memoir*.

Introducción

Tanto en el discurso cultural como en el pensamiento psicoanalítico tradicional, cuando sondeamos en la profunda turbiedad de lo erótico, es el objeto de deseo el que captura la parte del león de nuestra atención. La fuente primaria del deseo ha sido comprendida como residente en la alteridad del objeto, la mayoría de las veces ejemplificada por su material, el cuerpo sexuado. En contraste, las apasionantes y variadas experiencias del self que son estimuladas por otro o que consideramos posibles en relación a los otros que nos resultan seductores son relegadas frecuentemente a una posición secundaria, dándoles un lugar central sólo cuando la expresión de un deseo propio es considerada problemática o perversa.

He empezado con una cita de los recuerdos eróticos de Toni Bentley porque sirve para ubicarnos en esta negada realidad psíquica: la subjetividad de la experiencia lujuriosa en el “momento antes”. Como Dimen (2003) sugiere, las experiencias psíquicas que conducen a esa cumbre de excitación e ineludible relajación no son sostenibles sino más intrigantes que la atención prestada a uno – dos – tres – o más experiencias orgásmicas en sí mismas. El panorama psíquico de lo erótico, como aclara el ensayo de Dimen (2003), es diverso y exótico. En él encontramos una yuxtaposición de dos diferentes aspectos y significados de lo erótico: El doloroso anhelo por el placer erótico y la experiencia real de ese placer – a lo que Dimen designa como “goce y sufrimiento gemelar de la psique” (p.164).

Aunque tanto el anhelo como el éxtasis que son inherentes a la lujuria proveen un denominador común para el reconocimiento compartido de este campo privado de la experiencia, lo que cada uno anhela y nos resulta placentero no es compartido con frecuencia en absoluto. La textura del tacto que nos excita, las formas particulares en que anhelamos experimentarnos nosotros mismos en relación con el otro, lo que requerimos del otro para que progrese el deseo, incluyendo fantasías e imágenes que reverberan con sensaciones corporales, son todas ellas partes de experiencias psíquicas que constituyen nuestras “huellas dactilares” eróticas: ellas definen un aspecto de nuestra individualidad difícilmente visible a simple vista, incluso para nosotros mismos. Cuando no estamos sumergidos en la experiencia erótica, esta subjetividad puede permanecer oculta. Mientras estamos bajo su influencia, lo erótico produce una reducción de nuestra capacidad para pensar sobre lo que estamos

experimentando. Y cuando lo hacemos, a menudo, se rompe el encanto. Podemos intentar captar nuestros estados mentales de lujuria, tanto desde fuera como desde dentro de ellos, pero con mayor frecuencia nos vemos como a través de un oscuro cristal.

En este ensayo quiero explorar la “alteridad” de los estados eróticos de la mente. Considero esta alteridad como un estado del self cuya subjetividad está constituida por y mediante un conjunto de afectos, imágenes, fantasías, deseos y conductas que conforman la experiencia erótica. Cuando imaginamos la lujuria como un estado del self discreto, nuestra apreciación de sus dimensiones subjetivas se amplía. Empezamos a comprender ese estado no sólo como una representación de un cuerpo en estado de excitación sexual sino también como un estado altamente complejo y dinámico de conciencia que incluye tanto experiencias conscientes como inconscientes del self y de las relaciones del self con otros, así como también experiencias psíquicas en las que las fronteras entre el self y los otros que refuerzan la identidad se hacen permeables. Consideremos, por ejemplo, los pensamientos de un personaje de una novela erótica de André Aciman (2007) cuando se pregunta por su deseo por otro hombre: “¿Quiero ser él?; ¿O quiero tenerlo?; ¿O será que “ser” y “tener” son verbos imprecisos en la madeja del deseo, donde tocar a otro y ser tocado son lo mismo...?” (p. 68). Estas reflexiones ilustran esta dimensión subjetiva de la experiencia del self en contextos eróticos que han sido negados y poco teorizados en los estudios psicoanalíticos sobre la sexualidad.

Los estados eróticos de la mente reflejan un rango de intensas y a veces contradictorias experiencias como aquellas que Bentley describe: trascendencia, degradación y una paradójica mezcla de las dos. Describir esta subjetividad como una “alteridad” implica mostrar el contraste con la experiencia psíquica que da forma al sentido más familiar de nosotros mismos, reconocible e integrado, que define quienes somos. La alteridad erótica sugiere la presencia de algo en la sombra, misterioso y de una subjetividad impenetrable que continúa de alguna forma aparte de esa identidad habitual – una experiencia “como no mía”. Esto da una impresión fenomenológica de que la experiencia erótica podría plasmarse mediante un sentimiento de alteridad dentro del self: si el deseo se halla en algo que falta o que está ausente entonces, el anhelo doloroso que es parte de lo erótico es en sí mismo una búsqueda tanto de la imagen como de la experiencia que está perdida dentro del self.

La subjetividad erótica puede variar respecto a las experiencias del self más habituales siendo más o menos compatible con las segundas. En estados eróticos pueden surgir imágenes y fantasías que son menos conocidas o desconocidas para el sentido del self habitual aunque puedan ser comparables. Consideremos, por ejemplo, esta narración de una mujer heterosexual: Cuando conoció a la cuidadora de la guardería a la que llevó a su hija de 18 meses, se sintió muy impresionada por la sensibilidad de la profesora respecto a las necesidades emocionales de la niña. Ella comparó a esta profesora con su madre que había sido muy poco sensible. Al día siguiente quiso sacar leche de su pecho para un biberón pero no salía. Ella sabía que tras un orgasmo era más fácil y decidió masturbarse pero no encontraba una fantasía que la excitara lo suficiente. Dejó su mente vagar y se encontró fantaseando que era la hija de la profesora y de repente tuvo un orgasmo. Aunque momentáneamente se sintió desconcertada por esta fantasía homosexual, extraña para ella, se sintió agradablemente sorprendida al descubrir su potencial erótico y cómo estas fantasías podían ayudarla a “volar”. Esta viñeta ilustra como la alteridad de lo erótico puede sentirse como complementaria al sentido del self habitual. Por otra parte, la alteridad erótica está constituida a menudo por experiencias psíquicas que pueden entrar en conflicto con quien

imaginamos que somos. Cuando estamos en estados eróticos podemos expandir el self y también transgredir ciertas fronteras de nuestra identidad. Como comentaré después, las fantasías de Bentley y las representaciones de sí misma como una guarra que desea someterse a la voluntad de otro es un ejemplo de un estado lujurioso que se vive como sorprendente y descentrado respecto a un self de “buena chica”.

El concepto de lo erótico y/ o lujurioso como una experiencia de alteridad en uno mismo ha cuestionado las implicaciones o la comprensión de las maneras en que solemos pensar sobre la relación entre lo erótico y el amor. Lo que entendemos por amor solemos experimentarlo como una experiencia que surge del centro del self familiar y conocido mientras lo erótico es más extraño al self. En ese sentido, erotismo y amor pueden verse como residentes en diferentes regiones de la conciencia que se experimentan en grados variables como experiencias más o menos confluyentes. A veces, la experiencia erótica se acompaña de un sentido del self como alguien que ama. Pero a menudo hay tensiones psíquicas entre el self que desea eróticamente y el self que se activa en los vínculos amorosos. Los contenidos de las experiencias eróticas -que descubrimos y son placenteros – pueden crear contradicciones internas difíciles de resolver sobre todo si chocan muy diferentes sentidos del self.

Esta visión del erotismo y el amor cuestiona la idea cultural y, a veces, psicoanalítica de ambas experiencias combinadas sugiriendo que pueden verse de forma independiente una de la otra, aunque puedan llegar a estar psicológicamente relacionadas por diferentes caminos. Podemos idealizar la relación del amor con el deseo erótico o, incluso, experimentar su coexistencia de forma natural, pero yo opino que no hay una conexión primordial entre ambas. Las mentes organizan en formas variadas experiencias de deseo erótico y amor en configuraciones que se complementan, resaltan, conflictúan, oponen, o cualquier otro modo de interrelación. Las dinámicas entre el erotismo y el amor dependen en último término de cómo se presente la experiencia erótica junto a otras experiencias del self.

El sustrato teórico para estas consideraciones sobre lo erótico y el amor provienen del profundo cambio que se ha producido en la teoría psicoanalítica contemporánea – desde un concepto unitario del self a considerar la mente constituida por variados estados de conciencia (Mitchell, 1993; Ogden, 1994; Bromberg, 1998). Este descentramiento del self ha llevado a una apreciación mayor de la existencia de diferentes estados psíquicos, alternantes, yuxtapuestos y disociados en grados variables que consideramos como normales. La estructura de cualquier estado mental se compone del interjuego entre esos múltiples estados de conciencia y de la forma que en que ellos saben e interactúan unos con otros o quedan islas aparte en nosotros mismos. La capacidad para experimentar el deseo erótico y el amor en la misma relación se basa en la multiplicidad y en la capacidad para engarzar lo que podemos considerar procesos disociativos normales (Bromberg, 1998) que transitan por nuestras mentes. Este ensayo estudia las razones por las que el tránsito entre el deseo erótico y el amor es a menudo complicado e incluso difícil de mantener. En las diferencias propuestas entre erotismo y amor trato de iluminar los requerimientos y problemas que se presentan al combinar estos dos modos de experiencia. Opino que el descenso del deseo erótico en las relaciones largas se produce por un colapso de los procesos disociativos desde los que se originan los estados eróticos.

Para comprender en que se basan las tensiones entre el erotismo y el amor hemos de considerar la gran influencia de las normas sociales que regulan tanto la conciencia como el inconsciente afectando tanto al desarrollo de la identidad como a la construcción de estados de

deseo y experiencias eróticos. Los estados eróticos están constituidos a menudo por experiencias del self que se encuentran por fuera de las fronteras de lo más familiar y también de lo que es aceptable. La experiencia erótica se diseña con contenidos psíquicos residuales que surgen a través de interacciones recurrentes entre presiones sociales aceptables y la vida psíquica, incluyendo tanto temores como daños narcisistas reales y otros traumas psíquicos. Los residuos de estos daños psíquicos, que son inseparables de los daños en el sentido del self a lo largo del tiempo, encuentran un espacio en el contexto erótico. El erotismo y/ o lujuria busca, con motivaciones diferentes, reconectar aspectos problemáticos de la experiencia del self. Busca reparar un sentido dañado del self, recuperar aspectos rechazados del self, resolver o transformar los conflictos psíquicos que provienen de heridas tempranas y/ o vengarse de los errores que se han cometido. El erotismo es vivido a menudo como transgresor – traspasando ciertas fronteras – precisamente porque se coloca a sí mismo en las precarias fronteras de la mismidad. El grado de conflicto que exista entre los estados eróticos de la mente y los sí mismos que predominen en otros aspectos de nuestras vidas depende de la multiplicidad psicológica que nos podamos permitir con cierta comodidad dentro de nosotros mismos: en quien podemos convertirnos cuando llegamos a un estado lujurioso y qué podemos hacer con nosotros mismos para vivir esa experiencia y con quien.

Para dar más cuerpo a estas ideas, voy a revisar como se ha presentado el concepto de alteridad en la literatura más reciente sobre la lujuria y el amor. Mientras voy identificando los temas principales, las confusiones y controversias que se han producido, iré investigando algunas dimensiones características de la experiencia lujuriosa para iluminar tanto la diversidad que hay en esos estados subjetivos de la mente así como señalar las implicaciones relacionales de esa diversidad.

Conceptos de alteridad en La literatura relacional sobre el erotismo y el amor.

Aunque las importantes contribuciones de Mitchell (1997, 2002) respecto a la pasión romántica no se refieren específicamente a la alteridad del self en sus teorías sobre las relaciones entre erotismo y amor, lo que subyace en el centro de sus argumentos es una premisa fundamental respecto a la alteridad. Él propone que nuestra protección respecto a reconocer lo que es extraño en nuestra experiencia del otro es lo que lleva al amor romántico a desvanecerse en las relaciones largas. “Las estrategias confabuladas” (Mitchell, 1997, p. 30) que utilizamos para crearnos una ilusión de seguridad, de maneras sinuosas para amortiguar el riesgo, la excitación y la aventura que, según Mitchell, son los requisitos para la experiencia del deseo.

De acuerdo con Ogden (2004), en la lectura del trabajo de Mitchell se revela una tensión entre el deseo de un amor seguro en el que se puede confiar en el tiempo y la experiencia de un deseo apasionado que se alimenta de lo que es extraño y por lo tanto nada seguro. La fuente de lo extraño, para Mitchell, se encuentra en la experiencia con el otro. Goldner (2004), al comentar el texto de Mitchell, señala que la pasión y la seguridad del apego podrían parecer opuestos. El término “pasión”, según Mitchell, parece referirse al amor romántico, un constructo que puede, pero no necesariamente, incluir la lujuria. (Rothblum y Brehony, 1993). Su discurso, a veces, parece no querer enfrentar de forma más explícita los detalles sobre el deseo y la lujuria.

Los comentarios relacionales sobre los que estamos tratando acerca del erotismo y el

amor pueden resultar confusos por las vías en que el erotismo, el amor y el romanticismo pueden combinarse o sean destacados, de manera selectiva, para dirigirlos hacia la subjetividad de la pasión. Frente a la tesis de Mitchell, Stein (1998), por ejemplo, no se centra sobre la pasión en el romance (al que ella considera un término americano que desdibuja las diferencias entre amor y deseo) sino sobre lo que yo califico como “erotismo caliente”, en el sentido de que le pone a uno “húmedo” y está constituido por imágenes y afectos que tienen poco que ver con el amor. La alteridad, como ella opina, es doble: la carga libidinal, que representa la atracción del otro y la alteridad que representa lo *otro desconocido* (cursiva añadida por mí), “envuelto en un enigma, surgiendo un puzzle, fructificando la imaginación” (p. 555). En este esquema teórico, desarrollado en la tradición freudiana, hay un antagonismo entre amor y deseo. Deseo y apego – seguro o no – están esencialmente opuestos. Sus relaciones dinámicas no son consideradas como una función de la experiencia individual y su consiguiente organización mental sino como un hecho estructural de la vida psíquica.

El énfasis sobre la alteridad del *otro* en los textos de Mitchell y Stein en paralelo, como ya he comentado, parte de la presunción cultural por la que el otro fantaseado y el énfasis en la alteridad del otro, tanto en Mitchell como en Stein, se apoya en la idea cultural de que la fantasía y el misterio, la novedad o la diferencia que hay en el otro sustenta el poder de lo desconocido; estas ideas contrastan con la alteridad del self que es descubierta en los estados eróticos de la mente. Aunque existe una tensión dialéctica entre estas dos fuentes de la alteridad, a menudo damos más importancia a lo desconocido del otro porque es el desconocimiento inicial el que parece iniciar el deseo. Pero parte de lo atractivo del otro es nuestra experiencia de ellos como soportes de la llave que puede abrir nuestros selfs eróticos (o lujuriosos). Cuando ese misterio que supone el otro se desvanece, con el tiempo y la familiaridad, el erotismo es animado mediante la habilidad de revestir y redescubrir la alteridad dentro del propio self, el cual, al estar fuera de lo conocido de forma habitual mantiene su propio aire de misterio.

Frente a las ideas de Mitchell y de Stein, Goldner (2004) rebate en un principio la relación de Eros con la alteridad: ¿Tenemos que encontrar al extranjero en el objeto familiar para hacer del viejo amor uno nuevo con el fin de hacerlo sexy otra vez? (p. 389). Ella propone un argumento opuesto en el que la protección, seguridad y alivio al “reencontrar” a la persona que necesitamos y amamos lleva a la pasión romántica, situando el apego y la pasión en lugares complementarios. Goldner no elimina la experiencia de la alteridad en su formulación de la pasión. Ella sitúa la protección del vínculo romántico no sólo como una fuente de la pasión en y por sí misma sino también como un poderoso ambiente sustentador que puede potenciar, lanzar y mantener el erotismo: “En el retorno al bienestar, la seguridad y la aventura oscilan en tanto cada compañero provee una base segura para la aventura de la exploración sexual, *liberando la alteridad del propio deseo* (añado itálicas) para encontrar lo extraño de la subjetividad sexual de su amante.” (p. 389). En este punto, Goldner destaca dos cosas: Primero, señala claramente la dimensión de la sexualidad separada de la pasión romántica. Segundo, y más importante, desvía la atención de lo que se ha pensado habitualmente como la principal fuente de la pasión sexual – el objeto de deseo y su atractivo – para contemplar y explorar el potencial erótico que subyace en nuestros selfs.

Como señala Goldner, esta alteridad del self a menudo se empareja con la alteridad del otro – “los extraños de la subjetividad amorosa sexual” – donde el encuentro mutuo de las alteridades animan y dan forma a la experiencia erótica. Esta es una elegante interpretación de las formas en las que discurre a veces la pasión. Para Goldner, el contexto de un apego

amoroso es un prerrequisito imprescindible para la emergencia y desarrollo de la alteridad del self. La experiencia erótica (o lujuriosa) es co-construida en este acompañamiento erótico de dos. Aquí, la función erótica de las relaciones largas, al menos en parte, es recrear el apego relacional que subyace para la exploración erótica tanto compartida como privada. Esta concepción intersubjetiva de la pasión y su base fecunda contrasta con las ideas de Mitchell sobre el deseo, ya que destaca una subjetividad más aislada de la mente en la que la excitación erótica es estimulada por lo extraño que está en un lugar externo respecto al self. Estas concepciones diferentes de la pasión reflejan perspectivas teóricas opuestas y también los modos en los que la teoría es construida por las subjetividades diferentes respecto a las experiencias de la pasión y el deseo.

En yuxtaposición a estos conceptos sobre los estados eróticos (lujuriosos) de la mente, quiero recalcar como difieren las subjetividades eróticas. Estas varían conforme a una variedad de dimensiones reflejando tanto las necesidades como las defensas al servicio de la experiencia sexual. Por ejemplo, las subjetividades eróticas expresan diferentes grados de búsqueda del otro y/ o de búsqueda en el self, reflejando estados eróticos de la mente que son más o menos relacionales. Una dimensión asociada de la experiencia erótica incluye el grado en el que la subjetividad erótica es muy privada e “interior” para el self o es más “pública”, compartida y /o “exterior” para el self. Estas diferencias reflejan anhelos y defensas así como variaciones caracterológicas más generales entre diferentes individuos que tienen repercusiones para encontrar la compatibilidad de los selfs eróticos cuando se encuentran el uno con el otro.

Crastnopol (2002) conceptualiza “los lugares donde habitan las experiencias del self”, una imagen que ayuda a captar esos aspectos diversos en la experiencia erótica (o lujuriosa). La lujuria experimentada en los lugares más privados del self incluye un foco sobre la representación psíquica de experiencias físicas: sensaciones corporales, imágenes, sonidos, ritmos; con frecuencia parecidos a aspectos inefables de la experiencia privada. El erotismo de la superficie de la piel, el ascenso de la excitación, la experiencia subjetiva que acompaña a la construcción real de tensión y de frustración y, posteriormente, la relajación y satisfacción, es la clase de experiencia que prevalece en este lugar psíquico. Es el *sentimiento* (sensación) dentro del cuerpo que toma el lugar central. “Para mí, son todo sensaciones”, dice un paciente, describiendo su subjetividad sexual. Al menos este era el aspecto consciente de lo que para él era una muy “uni-personal” experiencia.

Davies (sobre este tema), tomando una perspectiva del desarrollo, ha sugerido que esta dimensión corporal es la que constituye tempranas experiencias eróticas. Estas experiencias corporales preceden a las que posteriormente se desarrollan tanto en esquemas cognitivos como en representaciones del self-otro que se interconectan con las primeras. Propone que según avanza el desarrollo psíquico, estos estados del self basados en lo corporal, que se organizan alrededor de variados grados de tensión (el correlato fisiológico de deseos insatisfechos) y de relajación (el correlativo a estados de satisfacción) forman la base y son elaborados mediante sistemas divergentes de fantasías eróticas. Estas ideas sugieren orígenes diferentes para los aspectos fisiológicos y de relaciones de objeto respecto a lo erótico y ayudan a entender la diferencia de estos aspectos de la experiencia en la descripción de la subjetividad erótica.

Como proponía Crastnopol, el campo intrapsíquico de la experiencia es otra zona privada, un espacio psíquico interior donde lo erótico, lujurioso, puede habitar. Dentro de esta

esfera, el self puede estar preocupado por la parte que evalúa la experiencia del self; por ejemplo: “Soy malo / sucio/ poderoso”. Conflictos internos procedentes de sentimientos de vergüenza, culpa, maldad, así como excitaciones del self por sentimientos de triunfo, euforia, son todos parte de las experiencias eróticas subjetivas. Estamos enfocando la experiencia del self, pero no primariamente la del self en relación. Las fantasías en este campo están constituidas a menudo por algunos atributos particulares y/ o partes del objeto (Ejs.: pechos, genitales y zonas peludas) que son abstraídos y experimentados como objetos del self. Estas fantasías imbuidas de afectos son elaboradas psicológicamente dentro de la privacidad de la propia mente. En este modo de funcionar, el self permanece a menudo distante, desconectado de cualquier otro ser real.

La subjetividad erótica que hace uso de fantasías sobre otro y de interacciones con otro específico puede ser entendida como alojada más cerca de la superficie relacional y de un encuentro sexual. Aquí, el motor que alimenta y sostiene la pasión requiere alguna experiencia imaginada o real de conexión con otro; algunas veces el terreno de encuentro es abierto y flexible y otras veces es realizado mediante una gran coreografía o mediante formas ritualizadas de interacción que pivotan sobre ciertas adjudicaciones de poder entre los miembros de la pareja. Poner atención en la experiencia subjetiva adivinada o expresada por el otro es a menudo una fuente primaria de excitación; la propia excitación se alimenta a menudo de la que se percibe en el otro y de la capacidad propia para excitar al otro. Una corriente de calor oscila dependiendo de cómo sea uno percibido por el compañero sexual, esto es, si uno se siente reconocido gratamente. Irónicamente, algunas subjetividades eróticas que son más dependientes de un encuentro intersubjetivo para lograr que ciertos aspectos del self se vitalicen son también más vulnerables; así como la habilidad para mantener la excitación puede tener que apoyarse en la experiencia del otro.

La morada considerada por Crastnopol como más externa del self es tal que lo erótico (lujurioso) es experimentado como algo en lo que uno se “mete” o “hace”, con el correspondiente empobrecimiento de la experiencia interna subjetiva accesible para una consideración consciente. Aquí, la idea de que lo erótico puede conectarse con una experiencia de alteridad en el self no tiene sentido porque desde la experiencia interna de obtener- ir no es a lo que se atiende conscientemente. Los encuentros sexuales son imaginados y considerados más en términos de acciones o actividades que se producen; ellas sustentan el significado de la experiencia por sí misma. Esta externalidad excede lo que solemos imaginar habitualmente como una disminución general de la función reflexiva del self, que se piensa acompaña y es un requisito para un verdadero dejarse llevar en la experiencia erótica.

Lo que pensamos como pasional, experiencia erótica y lujuriosa incluye a menudo una yuxtaposición de múltiples fragmentos psíquicos de estos dos lugares, una cascada caleidoscópica que crea los giros y emociones de la experiencia lujuriosa. No obstante, es útil tener en cuenta como difieren las personas respecto a sus experiencias pasionales, los espacios psíquicos en los que se sienten más confortables y los entornos interpersonales que facilitan las experiencias eróticas. Las moradas predominantes de la subjetividad erótica individual de cada individuo influirán en el grado en el que una persona se pueda sentir compenetrada o sintonizada con un compañero sexual así como también influirá en los juicios que haga sobre la subjetividad sexual del compañero. Por ejemplo, los individuos que requieren una mayor compenetración afectiva durante la experiencia erótica pueden llegar a sentirse demasiado solos o abandonados cuando están excitados con alguien que necesita

permanecer más recogido en sí mismo para mantener la excitación. Por contraste, cuando el individuo está más enfocado en sus sensaciones corporales y/ o absorto en sus fantasías puede ser abruptamente perturbado o, incluso, puede perder la excitación en presencia de alguien cuya subjetividad erótica requiera una mayor interacción interpersonal. Como una cometa en medio de fuertes vientos, el erotismo cae en picado.

Esta interpretación de las moradas eróticas nos ayuda a saber que conduce a una experiencia buena entre individuos y también puede ampliar nuestra comprensión sobre lo que constituye la atracción inicial. Podría suceder que el deseo sexual esté prendido, al menos en parte, a nuestra habilidad para intuir o pronosticar intersubjetivamente la naturaleza del erotismo complementario que el deseo del otro puede proveernos – en qué medida será capaz de iniciar y mantener la alteridad de nuestros selfs eróticos.

Tan importante como pueda ser la necesidad de encontrar la complementariedad adecuada para situarse sobre el terreno erótico, una adecuada excitación inicial no predice que vaya a mantenerse a lo largo del tiempo. Incluso cuando las subjetividades eróticas parezcan ser compatibles en un principio, el erotismo tiende a decaer a lo largo de las relaciones largas. Algunas veces este decaimiento del deseo se corresponde y/ o se explica por un descenso del amor. Pero resulta más desconcertante, por ir contra las fantasías culturales y nuestros propios deseos, que se produzca el frecuente fenómeno de no conseguir excitarse cuando el amor ha ido madurando y siendo más hondo. Parece ser que la excitación sexual se vuelve más difícil de iniciar y sostener en los vínculos de larga duración. ¿Qué sentido tiene esto?

Los esfuerzos psicoanalíticos para comprender esta difícil separación entre erotismo y amor, creo que son útiles porque diferenciarlos permite apreciar su independencia conceptual. Esta separación teórica, sin embargo, va en contra de las ideas culturales y de la tendencia psicológica a combinarlos, viéndolos de forma natural como experiencias conjuntas, como los afluentes que forman un único y ancho río. Cuando logramos separar amor y lujuria, tenemos más libertad para considerar tanto los requisitos psíquicos y los desafíos que están presentes en nuestros propósitos de combinarlos y podemos ver como a menudo llega a ser más difícil, con el paso del tiempo, experimentar la lujuria hacia la persona que se ama.

Amor y deseo.

Como ya he señalado, el discurso relacional referente al amor y al deseo sexual utiliza el concepto de romance o amor romántico, Las discusiones sobre la pasión romántica suelen emborronar el tema de manera que el romance no se diferencia del erotismo y el amor sino que apenas revela una fusión de ambos. La pasión romántica oscila entre erotismo y amor y esta flexibilidad anima el concepto cultural que sustenta su combinación. Quizás, la mezcla implícita de amor y erotismo que asociamos con la pasión romántica sea mejor comprendida como una de las posibles narrativas que conectan amor y erotismo, algo a menudo asociado con la temprana experiencia de intoxicación por el deseo hacia otra persona. El romance es “maravilloso”; y lo digo así para resaltar sus significados connotativos y literales. El romance literario se caracteriza por un uso irrealista e idealizado de la imaginación –una historia de ficción llena de entretenidos y extraordinarios sucesos. En el contexto psicológico, la capacidad para sostener una pasión romántica, incluso cuando hemos llegado a conocer bien al otro, requiere que seamos capaces de movernos entre un punto de vista idealizado y otro en el que le veamos defectuoso e imperfecto. Davies (2003) describe este proceso como “sin repudiar la

idealización pero con una creciente capacidad para sustentar esa imagen de forma simultánea y que sea consciente y más ajustada a la realidad” (p. 12). La pasión romántica requiere que seamos capaces de transitar entre estos diferentes estados mentales.

En contraste con la pasión romántica, la clase de amor a la que habitualmente aspiramos requiere que nos fijemos en el verdadero self del otro lo mejor que podamos. En el contexto de amar y ser amados anhelamos y queremos desarrollar un sentimiento de reconocimiento, comprensión y afirmación de quienes somos. Este reconocimiento intersubjetivo (Benjamin, 1988)— que pensamos como la base de una relación subjetiva – se propone como capaz de sustentar estados mentales que buscan activamente tanto conocer al otro como revelarles quienes somos mientras mantenemos una tensión dialéctica que es característica del encuentro entre dos mentes. Esto no define el amor, pero es lo que el amor implica.

Como en el romance, pero no como en el amor, el erotismo procede de la fantasía, tanto consciente como inconsciente, y altera el sentido más familiar del self (como el del otro). El deseo erótico se puede expresar como un deseo de deshacer la estructura psíquica a favor de otra organización alternativa para poder imaginar aspectos del self y de la experiencia relacional que han sido a menudo expulsados, dañados, perdidos, negados o repudiados. La imaginación erótica busca un contexto que permita la expresión del self de alguna manera. Este esfuerzo requiere – y está constituido en parte y por ello mismo – una absorción del self radical; una preocupación sostenida por los propios deseos y experiencia del self se mantiene en tensión con las partes del self que se vinculan con la experiencia de bienestar del otro. Erotismo y amor oscilan a menudo en este sentido. Un paciente, al describir sus dificultades para encontrar la forma de excitar a su pareja decía: “Sé como ser rudo y sé como ser cuidadoso. Pero no sé como ser rudo en el contexto de estar cuidando a otro”.

En los estados eróticos de la mente, una fuente primaria de calor erótico se refiere con frecuencia a la habilidad para cosificar el self propio y/ o el del otro y engancharlos con fantasías y actos que representan una distribución desigual del poder, como en las dinámicas relacionales que presentan fantasías y actos en los que aparecen grados variables de dominación, sumisión y abandono. Este tipo de trato cosificador que puede excitar en el terreno sexual es precisamente lo opuesto de lo que queremos en la mayoría de los aspectos de nuestras relaciones en la vida; en ésta, serían consideradas como una ruptura por un fallo de la mutualidad (Benjamin, 1988) y en ello redundaría el hecho de que el concepto de poder en la teoría relacional es escaso y tiene ciertas connotaciones de algo sucio.

De la misma manera que se requiere un tránsito psíquico para mantener el romance en una relación larga, el movimiento entre amar y desear a menudo requiere que seamos capaces de pasar de modos de relación que implican ternura, cariño, sentimientos de dependencia hacia otros modos de sentir y desear que parecen rechazables para que el deseo erótico sea posible. Esto supone un reto psicológico porque es difícil con frecuencia, especialmente cuando conocemos a la otra persona muy bien y dependemos de ella, conciliar lo que necesitamos y valoramos de ella en nuestras relaciones personales con lo que deseamos experimentar en nuestras vidas eróticas. El enfriamiento del deseo en las relaciones largas se debe, con frecuencia, a la ruptura de los procesos disociativos normales que permiten la emergencia de los estados eróticos.

Consideremos el dilema de un individuo que habla sobre las dificultades para realizar un deseo concreto en el contexto de una relación estable:

“¿Cómo puedo decirle que lo que realmente deseo es ponerme de rodillas, mirar hacia arriba, a su adorable, enorme y dura polla y decirle que la deseo y que me vea desde arriba jadeando hambriento mientras muestra su poder sobre mi hambre jadeante y accede a mi boca y me dice: ¿Cómo eres tan cerdo?”

Esta viñeta ilustra de una forma clara como ciertos impedimentos psíquicos interfieren en la realización de deseos eróticos en una relación afectiva larga.

Este escenario erótico nos lleva a seguir investigando. ¿De qué naturaleza es el conflicto subyacente a la ansiedad del individuo que es expresada en términos de un problema relacional sobre la pérdida de la igualdad en la relación? Vergüenza y otras defensas contra ella crean a menudo un bloqueo psíquico que impide el desarrollo de anhelos eróticos a la hora de realizarlos. Quizás una primera fuente de la vergüenza y de la culpa urdidas en la fábrica de la vida erótica sean producto de las paradojas que hay en la experiencia del self y se hacen evidentes en los contextos del erotismo y el amor. Nuestros selfs eróticos revelan lo que inconscientemente ya sabemos. Nuestras identidades constreñidas contradicen tanto la riqueza como la complejidad de nuestro ser. El deseo de dejar el control y dejar que lo tome otro, de someterse mediante variados escenarios de sumisión; ser ridiculizado, excitado, frustrado, denigrado; dejar que la experiencia corporal mande; hablar de forma sucia, etc. Todas estas experiencias y actos son, en la vida corriente, considerados como inaceptables y vergonzosos y, también, hasta patológicos y perversos.

El colorido de lo que es objetable en el escenario anterior adoptará diferentes significados dependiendo del género del individuo. Si es una mujer la que está sobre sus rodillas, su self femenino la censurará por venerar al hombre con quien ha luchado tan duro para lograr la igualdad. Si es un varón el que se pone de rodillas, su vergüenza puede provenir del sentimiento de que sus deseos le llevan a perder la masculinidad. En cualquier caso, lo que se hace evidente es que los deseos eróticos implican dilemas para el self que son inseparables de los conflictos en las relaciones respecto al género. (Grand, 1997).

Nussbaum (2001) sugiere que el deseo erótico podría parecer la emoción más opuesta a la vergüenza, porque alberga el deseo de revelar partes del self y de ser visto donde la reacción de la vergüenza sería esconderse. Es precisamente la tensión dialéctica entre estos dos impulsos opuestos la que añade, si no crea, tanto la experiencia de goce como peligroso, pecaminoso y excitante así como algunos factores para albergarlos en el contexto del apego. La capacidad para gozar con aquellos que amamos depende en último término de quienes nos permitamos llegar a ser cuando estamos con ellos. Un factor importante de las relaciones para mantener la pasión en el tiempo es la capacidad para superar la vergüenza y poder moverse entre experiencias que “cosifican” y aquellas que sostienen la mutualidad de la relación intersubjetiva. Desde ese punto de vista, el enfriamiento del deseo en las relaciones largas puede ser comprendido no como un fallo en la *integración* del deseo con el amor sino como un fallo en la disociación: una incapacidad para reducir la conciencia y moverse en la rudeza, en estados centrados en el self en los que se instalan afectos intensos a menudo conectados con distribuciones del poder desiguales y con otras experiencias en las que los modos de relación “normales” pueden verse amenazados y con ellos nuestro sentido del self y los vínculos de apego de los que dependemos.

En este artículo destaco un modo particular de relación entre el erotismo y la identidad. Estoy conceptualizando la experiencia erótica más allá de las fronteras de lo que consideramos como las experiencias que son más familiares y también más aceptables para nuestro sentido del self. Sobre las múltiples formas y funciones del deseo sexual, Harris (2005) sugiere que uno de los fines del sexo es aceptar y reforzar disociaciones dentro del self. El erotismo que estoy investigando está constituido por experiencias que son difícilmente asociadas con otras partes del self. La función psíquica del erotismo consiste en permitir representar y realizar aspectos de la experiencia del self y de las relaciones que han sido exiliados o frustrados. El concepto del erotismo que revelo se refiere a esas funciones. Este punto de vista concibe el erotismo como un medio para expresar lo que es rechazado o no representado en otros lugares de la vida psíquica. Aunque el erotismo cumpla otras funciones, me he centrado en estos aspectos porque ofrecen una ampliación de las ideas que tenemos habitualmente. A continuación voy a comentar el poder regulador de las fuerzas sociales inconscientes, los procesos disociativos que se activan en la construcción de la identidad de género y los residuos psíquicos que encuentran expresión en las alteridades de los estados eróticos de la mente. Para ello, primero me centraré en las ideas sobre el deseo en el contexto social y después lo ubicaré en los contextos del amor y el romance.

El cruce cultural entre el deseo y el amor

Hay mucha confusión en los cruces entre el erotismo y el amor. A pesar de las evidencias contrarias, queremos creer que erotismo, amor y romance pueden estar todos juntos y que se encajan mutuamente, que ellos se significan para ser y estar juntos. Convertimos en algo natural su unión como hemos hecho con el matrimonio, olvidando, o no dándonos cuenta, de que el matrimonio basado en el amor se considera hace sólo unos 200 años. (Coontz, 2005)

En algunos ejemplos, nuestras tempranas experiencias con el deseo, mediadas por los introyectos culturales, parecen sustentar esta ilusoria amalgama entre erotismo y amor. Como un hombre joven que siente por primera vez el estremecimiento de la pasión sexual, yo recuerdo, con disgusto, estando seguro equivocadamente de que “esto debe ser amor.” Es fácil confundir la captura erótica con el amor. Los líos sexuales y los líos amorosos no son lo mismo, pero a veces comparten ciertos rasgos comunes. La apertura dentro de nosotros mismos que el éxtasis erótico trae puede desbloquear la experiencia psíquica que se relaciona con el amor, pero puede referirse más a un sentimiento de gratitud y anhelo de la experiencia por sí misma que a un sentimiento hacia la persona total que ha ayudado a hacer posible esta experiencia. La excitación de la experiencia lujuriosa – el poder del otro para proporcionar un gran placer en donde ambos dan y reciben – puede llevar a la idealización que conduce después al amor. Como Mitchell (2002) observó, la excitación sexual extrema, reduce la conciencia reflexiva del self, es una experiencia de muy poco control de la voluntad, una sensación de “hiper- realidad”: un “subidón”.

¿No son acaso estas características similares a las de estar atrapado por el enamoramiento, cautivado? (p. 111). A menudo, sólo las experiencias repetidas y dolorosas nos enseñan a diferenciar el amor de lo que es sexual y esto puede llevar mucho tiempo de la vida, hasta comprender las diferencias y actuar en concordancia con lo que uno llego a saber.

La cultura opera en nuestra contra en ese sentido. Pensamos que el deseo sin amor es sucio (obsceno) y vergonzoso, si no perverso. La elección de mantener una relación sexual por sí misma es incómoda para la sociedad, que puede responder con desprecio y poco respeto, sobre todo hacia las mujeres. La cultura popular también promulga la idea de que el erotismo en el contexto del amor no va a disminuir y si ocurre, algo está mal. La verdad, no tan rara, es que aunque la cultura ensalce las virtudes del deseo con amor, junto a estas ideas existen una fascinación cultural y un interés por la separación de ambos. Hemos tenido que soportar ser testigos del enorme éxito de “Mujeres desesperadas”, una serie de televisión que narra las aventuras de mujeres casadas y no casadas que desean desvergonzadamente (no a sus maridos) y observamos las paradojas de la cultura y las fuerzas subversivas que funcionan como reacción a los intentos patriarcales y heterosexuales para regular como el amor y el deseo sexual viven en nosotros.

Tanto en el discurso cultural como en el psicoanalítico, está establecido que la pareja (mejor si es matrimonio) domestica la lujuria, haciendo el sexo saludable y bueno. Dimen (2003) descubre el poder de estas ideas en el psicoanálisis señalando como Kernberg (1995) presenta la perversión polimorfa – en todas sus variantes – como aceptable (i.e. no son signo de patología) “sólo bajo la condición de que sea practicado al amparo de la inconformidad, la pareja heterosexual casada” (p. 284) Atendiendo a Kernberg en este tema: “Si una pareja puede incorporar sus fantasías y deseos perversos y polimorfos en sus relaciones sexuales, con un centro sadomasoquista implícito o explícito en la intimidad, su desafío ante las costumbres convencionales de la cultura puede llegar a ser un elemento consciente de su placer” (citado por Dimen, 2003, p. 96). ¿Por qué esas prácticas sexuales fuera de la pareja son perversas pero en ella son normales? Una respuesta parcial sería que lo que se ve como perverso se puede considerar saludable si se acompaña de amor (sobre todo en el matrimonio).

Al mismo tiempo, hay poderosas presiones culturales respecto a lo que se considera como prácticas perversas con la intención de regular que clase de erotismo y de amor son dignos de ser aprobados mediante la privilegiada institución del matrimonio.

La historia social de los matrimonios mixtos y de los homosexuales en América en los últimos 50 años nos permite analizar como las normas sociales controlan y ejercen su poder para cambiar nuestra sensibilidad respecto al erotismo, al amor y a los contextos relacionales en los cuales son permisivos. Desde el punto de vista actual, resulta asombroso que una ley del Estado de Virginia de 1924 prohibiera el matrimonio de blancos con cualquiera que tuviera “una gota de sangre negra” y esta ley siguiera vigente en 1967, año en el que 16 estados todavía tenían leyes que consideraban los matrimonios interraciales ilegales (Cose, 1995). Aunque las parejas del mismo sexo existan hace mucho tiempo sin poder mostrar en público su relación de afecto, de amor y erótica como a las relaciones heterosexuales se les permitía, en las últimas décadas una parte importante de la cultura se ha vuelto más tolerante, aunque no las acepten, respecto a las parejas homosexuales. Esto se refleja en el aumento de parejas lesbianas y “gays”. El debate sobre el matrimonio entre personas del mismo sexo sigue abierto y con ello se demuestra que erotismo y amor no son un asunto menos político que personal.

Los prejuicios también predominan en los significados culturales sobre el amor y el sexo. Uno de estos mensajes dice que el amor y el deseo deberían mantenerse en las relaciones largas, excepto en los anuncios de Viagra donde aparecen pocas imágenes de

parejas que se van haciendo viejas juntas y que muestren un interés por el sexo o que realmente se deseen el uno al otro. Cuerpos delgados, duros y jóvenes son los cuerpos del deseo, no los cuerpos flojos, en carne y huesos por la vejez. Aunque hay notables diferencias de género en la cultura americana respecto a la edad y a ser deseable, no solemos ver a las personas mayores como atractivas sexualmente. Los hombres mayores con intereses sexuales son vistos como sucios, o si son muy viejos, graciosos y adorables. Las mujeres mayores que manifiestan su interés por el sexo son juzgadas a menudo como personas que no aceptan su edad. Y en los casos en que las edades de la pareja son muy diferentes, sobre todo cuando la mujer es mayor, son vistas irónicamente como “sabemos de qué va el asunto”.

Estos ejemplos sirven para iluminar como las fuerzas sociales influyen y conforman nuestras expectativas sobre las experiencias eróticas y amorosas y lo que es correcto, legítimo, natural y saludable. Pero más allá de estas influencias propongo una relación aun más fundamental entre la cultura y las experiencias mentales del erotismo: Las fuerzas sociales penetran en la vida intrapsíquica jugando un profundo rol en la formación de la alteridad característica de los estados eróticos de la mente.

Layton (2004, 2006) nos ilustra sobre la manera en que las fuerzas sociales operan dentro de las mentes a través de lo que ella denomina *procesos normativos inconscientes*, que son las consecuencias de vivir en un determinado nivel social, con una raza, sexo y jerarquías de género. Voy a centrarme en las jerarquías de género que llevan a ciertos usos implícitos sobre el uso de los insights ofrecidos por la teoría psicoanalítica relacional feminista (Benjamin, 1988; Goldner, 1991; Harris, 1991, 2005; Chodorow 1994; Layton, 1998; Dimen, 2003) que han transformado nuestra comprensión de los orígenes psicológicos, los significados y las consecuencias del género tal como viven en nuestro inconsciente dinámico. Los procesos normativos inconscientes relativos al género (que incluyen los referentes a la sexualidad) efectúan su trabajo a través de mecanismos de disociación que dan por resultado fracturas en las identidades, si uno se atiene a las normas sociales o no. Los residuos psíquicos de la formación de la identidad – los conflictos y afectos alrededor de estas lesiones sobre el self – así como partes del self que son expulsadas de la experiencia del self, con frecuencia encuentran su expresión dentro del terreno erótico. Los estados eróticos de la mente preforman una variedad de funciones psíquicas; pueden mejorar, aliviar y a veces reforzar identidades frágiles de género y también revertir ciertas fuerzas psicológicas y sociales opresivas.

Para explicar esta premisa, nos ayuda la observación de Bem (1996) por la que en nuestra cultura se anima a las chicas jóvenes a entender sus estados de excitación como un interés romántico mientras que a los chicos se les lleva a entenderlos como excitación sexual. Se pueden entender estos fenómenos como parte de los procesos sociales inconscientes que escinden los atributos humanos y sus capacidades para crear relaciones de género jerarquizadas y las consecuentes distribuciones de poder desiguales. Debido a la presión para construir identidades de género normativas, lo masculino y lo femenino se logran mediante la disociación de la iniciativa respecto del vínculo; autonomía respecto de necesidad, independencia respecto de dependencia y la combinación de erotismo y amor. Los individuos del grupo dominante, para ser aceptados, disocian y niegan los aspectos poco masculinos, evitando ser tildados de femeninos y las mujeres hacen lo propio para mantener su identidad femenina.

Esta formulación nos ayuda a comprender las dinámicas mediante la que erotismo y amor acaban siendo distribuidos por criterios heterosexuales. También puede explicar ciertas inclinaciones que aparecen en el erotismo homo sexual. Puesto que reclaman el deseo por otro hombre, los gays son hombres “fallidos”. Ofenden al género (Frommer, 2000) al estropear la ilusión mantenida de forma compulsiva entre identificación y deseo que es el sello de la masculinidad heterosexual. Para reforzar y asegurar el atractivo propio frente a otros hombres como “la clase de hombre correcta” y defenderse de la vergüenza y de la vulnerabilidad que acompañan esta posición subjetiva, el terreno del encuentro intersubjetivo se vuelve muy restringido, se encuentran los dos selfs eróticos, dejando el resto de las identidades al margen. Algo similar ocurre entre las mujeres lesbianas, aludiéndose a “cama lesbiana muerta” (un término comentado por lasenza, 1999) que se refiere a la situación en la que dos mujeres que se quieren tienen dificultades para las relaciones eróticas y cuando desciende el amor aparecen más aspectos rudos en la experiencia erótica. Lo que puede verse con estos ejemplos de encuentros es que los asuntos del erotismo y amor no se basan en la orientación sexual per sé. Más bien, estos patrones ilustran una variedad de dinámicas intersubjetivas que implican al género y al deseo y muestran la disociaciones que configuran cada sexo.

Quiero examinar un poco más las consecuencias de estos procesos disociativos en la formación de la experiencia del self porque nos ayudan a reflexionar sobre las dinámicas mediante las cuales la experiencia erótica del otro se produce y se mantiene dentro de la mente. Layton señala tres puntos que ayudan a iluminar las relaciones dinámicas entre la formación de la identidad y la experiencia de la alteridad. En primer lugar, ella destaca que los procesos sociales inconscientes son *inconscientes*; la gente no suele habitualmente darse cuenta de forma consciente de que está sufriendo por construcciones psicosociales disociadas que constituyen sus identidades. Por ejemplo, los hombres no suelen comprender por qué se sienten femeninos cuando se sienten necesitados; ellos lo sienten así. En segundo lugar, Layton propone que las fuerzas sociales inconscientes mantienen un control dentro de la psique del mismo modo que lo hacen en la esfera social: operan a través del poder derivado de la amenaza de sentir vergüenza y humillación. En ese sentido, nuestras identidades se forman a través y son el resultado del reconocimiento de lesiones y traumas narcisistas, así como de la necesidad de evitar dichas injurias; todo ello produce las disociaciones, codificadas según el género como ya hemos dicho. (Corbett's, 2001 en una discusión sobre los significados de “faggot” proporciona una ilustración convincente de estas dinámicas en el campo de la idea cultural de la masculinidad. Finalmente, Layton nos recuerda que nuestras mentes no sólo internalizan las normas sociales; ellas también se resisten inconscientemente. El peligro de que partes disociadas del self retornen para contaminar la experiencia del self no sólo es un temor sino también un deseo desconocido. Lo erótico llega a ser el contenedor psíquico de estas partes disociadas del self y de los conflictos y deseos rechazados que son una expresión de ellos.

Este punto de vista de lo erótico es similar al de Stoller (1985), que considera las humillaciones de la infancia como un tema central del erotismo y del mismo modo piensa Fairbain (1952) al considerar los traumas como la piedra angular de la experiencia erótica. Sin embargo, la perspectiva que nos ocupa ahora localiza la fuente de las humillaciones y los traumas no sólo en las relaciones experimentadas en el contexto familiar sino también en aquellas más amplias del contexto social en el que la familia se ha constituido. Por lo tanto, las injurias narcisistas y los intentos de proteger al self de otros daños, así como de reparar los recibidos, se ven como normativos en la formación de la experiencia erótica: el deseo erótico es entendido tanto formado como conteniendo los residuos de injurias y traumas narcisistas

reales o temidas que nos suceden a todos, en grados variables, durante la formación del self.

El erotismo es experimentado a menudo como algo atractivo y transgresor porque el self erótico es un self prohibido y frustrado constituido por aspectos conflictivos inconscientes relacionados con la constricción que se produce debido a injurias narcisistas temidas o reales. Esta dinámica es clave para comprender las tensiones psíquicas que existen entre las definiciones de mismidad y experiencia erótica, que están con frecuencia en desacuerdo una respecto a la otra. Las fantasías que evocamos, las relaciones de objetos del self que representamos, los estados del self emocionalmente cargados que constituyen la experiencia erótica oscilan todos en torno a estos dilemas narcisistas, sugiriendo que este centramiento en el self característico del erotismo es, con frecuencia, una manifestación de esas raíces narcisistas. No obstante, las dinámicas específicas de estos conflictos y las soluciones buscadas serán diferentes en cada individuo. La experiencia erótica se basa a menudo en los intentos de proteger al self de daños posteriores (Bader, 2002) reparar daños narcisistas, dar vida o expresar por primera vez aspectos disociados del self y/ o reforzar defensas narcisistas que entonen un sentido del self devaluado.

Para ilustrar estas dinámicas de manera activa, vuelvo al párrafo de Toni Bentley en el que expresa sus experiencias eróticas. Ella refiere una fantasía – frecuente- en la que se imagina como una prostituta que obtiene un pago por sus servicios. Fantasías como ésta liberan sus deseos de las incriminaciones, restricciones y represiones que tiene una buena chica y se intensifican cuando se enamora. “Con mi fantasía... logro orgasmos que están libres de culpa; ellos son después de todo, mi trabajo. Tengo un trabajo en el que me comporto como debo, mientras que en los temas del corazón no sé cuáles son mis derechos y mucho menos como aplicarlos. Cuando el sexo es mi trabajo, me voy a casa libre –con el dinero en la mano” (p. 51).

Las memorias de Bentley no son el relato de lo que se piensa que es una buena chica. Por el contrario, su actitud en el relato, como en su vida erótica, contrastan de manera ácida con la descripción de sí misma en su trabajo anterior: una bailarina que trabajó durante 10 años con el ballet de la Ciudad de Nueva York bajo la dirección de Balanchine. Tanto con el tutú como sin él es un ejemplo de buena chica que trabaja duro para lograr la maestría en algo muy femenino a través de un perfeccionismo extremo, negación de sí misma, autocontrol y disciplina: “Cada arco del pie”, nos dice, “cada guiño de un ojo, cada ángulo del brazo, cada giro de una pierna, cada sonrisa, gesto, cada esfuerzo es simultáneamente previsto y supervisado por el self, que nebulosamente puede llamarse consciente. Uno llega a ser sujeto y objeto” (p. 20). Requiere poca imaginación llegar a adivinar como ese opresivo escrutinio de una misma afecta a otros aspectos de la vida, limitando la libertad y la espontaneidad.

En sus estados de erotismo y lujuria, ella es capaz de usar procesos de objetivación del self de forma útil: confiesa que lo más excitante es lograr verse indefensa, rendida: “rendirme, mi conejo, mi clítoris, lo más expuesta, la más visible, lo más desamparada. Perder la responsabilidad – no es mi fallo – en cada momento” (p. 51). En su fantasía ella revela lo que hay bajo su traje de baile y haciéndolo es capaz de traspasar ciertas fronteras respecto a lo que es ser una buena chica. Su mente crea las condiciones para ganar acceso a un estado del self cálido, excitante y con el vigor que acompaña a la transgresión. Paradójicamente, continúa siendo una buena chica en sus fantasías y representaciones porque hace su trabajo lo mejor posible. Estas fantasías y representaciones de sumisión erótica le permiten liberarse de cierta experiencia de sumisión.

He recurrido a los textos de Bentley porque su descripción de la experiencia erótica y las estrategias subversivas que las constituyen sirven para ilustrar, mediante su exageración, la relación entre la constricción psíquica en la formación de la identidad y las vías por las que el erotismo puede funcionar como un lugar de reentrada para conflictos y disociaciones conectadas con lo que fue excluido del self. En el caso de Bentley, los estados del self eróticos y no eróticos aparecen disociados. Las experiencias eróticas más satisfactorias le suceden en escenarios bastante anónimos. Ella prefiere mantenerlos de esa manera: “¿Quiénes podemos ser durante el sexo?”. Se pregunta. “No yo. En el anonimato está la libertad frente a la opresión que producen el compañero sexual y las propias demandas del yo”. (p. 53) Esta preferencia podría verse como el reflejo de una defensa estructural dentro de la experiencia del self; para que su self erótico se exprese necesita aislarlo del resto de su personalidad. En este ejemplo, la “alteridad” que constituye su experiencia erótica puede ser mejor comprendida como procedente de un self más disociado; el erotismo es empujado al exilio. La experiencia de Bentley es parte de lo que podríamos considerar un espectro de fenómenos eróticos en la periferia del self creados mediante diferentes mecanismos disociativos. Por último, la habilidad para transitar entre el erotismo y el amor en el contexto del apego es necesario que sean tolerantes las partes del self eróticas y las otras partes del self. Las dos viñetas siguientes ilustran las relaciones que hay entre el self de género y la experiencia erótica. Los anhelos descritos- tanto imaginados como realizados – son incuestionables en su contenido erótico. Los he elegido para ver los aspectos normativos.

Un músico veinteañero entra en una sesión eufórico, anunciando que ya se ha enterado de lo que la gente quiere decir cuando han tenido “gran sexo”. Cuando se le pregunta para elaborarlo, dice: “Me siento como un actor porno, un verdadero semental en la cama con ella. Yo estaba jugando con ella como si fuera un instrumento y ella respondía de forma increíble a todos mis tocamientos. Los sonidos que ella emitía eran increíbles. Me hizo sentir como Superman”.

Una mujer de cuarenta y tantos años rememora las frustraciones del fin de semana, la cercanía de la muerte de su vida sexual y su deseo de tener un amante. Cuando le pido que lo imagine, ella habla de sus cualidades físicas y de la personalidad del hombre imaginado. Entonces, más animada – como si hubiera descubierto lo que *realmente* quiere – anuncia: “Alguien a quien no tenga que cuidar... que no necesite nada de mí, ni yo de él. Sólo un rollo, nada más. No quiero tener que ocultar mi fortaleza o preocuparme por su vulnerabilidad cuando tengamos sexo. No quiero apartar mi fuerza para asegurarme que no le abrume. Quiero dejarme llevar. Podríamos ser como animales.”

La mujer que desea sentir su poder con el varón amante suele ofrecerse a los hombres con un self de sacrificio, con modales amorosos, apartando sus necesidades y deseos a un segundo plano, como todas las mujeres de su familia. En su fantasía, ella es libre al romper las rígidas identificaciones y apegos que definen su sentido predominante del self y experimenta un “dejarse llevar” intenso con su amante fantaseado. Esta fantasía que era cercana a la realidad de su relación marital al principio, es concebible actualmente en un contexto meramente sexual. Tiene un rollo, “nada más”.

El músico tiende a devaluarse por lo que él considera su parte femenina. Se compara con otros hombres a los que admira y desprecia alternativamente, viéndose a sí mismo poco masculino - porque le faltan asertividad y agresividad-. Con las mujeres se suele sentir dócil, confuso y dominado por sus necesidades, deseos, opiniones, mostrándoles una peculiar

sensibilidad artística para vincularse con ellas. Su descripción de sí mismo durante la relación sexual puede entenderse como el reverso de lo que caracteriza sus relaciones con las mujeres. A menudo siente que “tiran de sus cuerdas”, pero en la experiencia erótica, él toca sus fibras sensibles.

Las historias de estos individuos reflejan las identificaciones culturales y familiares, las desidentificaciones, los apegos y las relaciones dinámicas que han sostenido sus identidades de género. En el caso del músico, su self erótico podría ser incluido en una versión particular de la masculinidad que sirve para rehabilitar su sentido de sí mismo en la línea de su género. Su sensibilidad, interés y actitud tímida que él considera como identificaciones femeninas – eran a menudo motivo de vergüenza. La experiencia del self que describe en su relato como “gran sexo” es la que se considera aceptable moralmente, deseable y corriente en el contexto de la hegemonía masculina. Él ha conocido, por fin, lo que es ser un “verdadero” hombre. Como muestra este ejemplo, la alteridad que caracteriza los estados eróticos de la mente permanece invisible, negando la otra alteridad que sólo aparece cuando se violan ciertos principios establecidos sobre la sexualidad y el género.

Conclusión

Cuando Freud (1912) escribió la ahora famosa frase “donde amamos no deseamos y donde deseamos no podemos amar” (p. 183) buscaba una explicación para la disociación observada entre amor y deseo mediante el estudio del objeto de deseo. En este artículo no he dirigido mi atención al objeto sino al sujeto del deseo y a considerar las dimensiones subjetivas de la sexualidad que constituyen los estados eróticos de la mente. Para ello, he dado mayor importancia a las experiencias psíquicas sexuales que se refieren al self, proponiendo que la experiencia erótica se basa en una experiencia de alteridad dentro del self. Esta alteridad se considera relacionada pero siendo diferente de la alteridad del objeto; éste último ha sido el foco principal de la matriz self- objeto relacional en el tema de la sexualidad.

He sugerido que si ponemos en un primer plano la independencia conceptual entre erotismo y amor estaremos en una posición mejor para apreciar las tensiones y desafíos presentes en nuestros intentos para combinarlos. Aunque podamos idealizar la mezcla entre el erotismo y el amor, he dado argumentos contra las ideologías normativas que promueven una cierta relación dialéctica entre ambos. Erotismo y amor viven psicológicamente en varias configuraciones relacionales con mayor o menor facilidad. La capacidad para desear a quien también se ama depende de la complejidad de la mente. Esta complejidad incluye la capacidad para llevar la alteridad del self hacia el contexto del apego, para transitar entre estados mentales que pueden ser sentidos de forma muy diferente a las experiencias del self, el otro, y las maneras de relacionarse que son deseables entre ambos. Los estados mentales eróticos se forman a partir de fracturas dentro del self, como productos de sucesos vergonzosos y humillantes, reales o temidos, durante el desarrollo temprano de la identidad. Con el paso del tiempo, las experiencias eróticas contienen, consciente e inconscientemente, residuos psíquicos de los daños tempranos con una alta carga emocional que pueden amenazar lo que pensamos que somos tanto por ser más familiar como más aceptable.

En esta discusión, el descenso del deseo en las relaciones largas es entendido como una falta de integración del erotismo con el amor sino como una ruptura o fallo de los procesos normativos normales de los que la depende la aparición del deseo. Desde esta perspectiva, el descenso del erotismo en las relaciones de larga duración no se debe sólo al rechazo de lo

extraño en nuestra experiencia del otro, como Mitchell opina, sino al rechazo nuestra alteridad en nosotros mismos en el contexto de nuestros apegos primarios.

He situado el poder regulador de las fuerzas sociales en la formación de la identidad como un proceso instrumental en la formación de la experiencia erótica. Esta formulación da un giro de 180° a la idea general por la que género y sexualidad están implicados en la formación de la identidad y dan forma a los deseos. Yo opino que la sexualidad es modelada por el impacto de intrusiones regulares sobre la identidad, a menudo apoyadas en el tema del género. Esta perspectiva añade otro estrato a la complejidad que constituyen las mutuas influencias de deseo y género. Concedemos importancia a nuestro género y a nuestra sexualidad para definir aspectos importantes de nuestra identidad; pero podría pensarse al revés: nuestros deseos frustrados pueden deformar importantes aspectos de la identificación de género. Ej.: llegar a ser quien no deseamos ser (Butler, 1995). En la presente discusión, deseo e identidad están implicados entre sí en otro aspecto más: el erotismo se forma por lo que sucede en nuestras mentes cuando los sentidos del self en desarrollo chocan contra el poder regulador de las normas durante la formación temprana de la identidad. La alteridad erótica se entiende como el producto de procesos sociales inconscientes, tal y como están en nuestra mentes.

Proponer la experiencia erótica como una alteridad en el self tiene un sentido teórico pero también clínico. Hay una resonancia fenomenológica en la descripción del erotismo que es útil para crear un marco de expresión para las experiencias eróticas. Como la sexualidad es albergada en la mente de una manera confusa y privada; reconocer vías para formular y aceptar las contradicciones que constituyen con frecuencia la vida erótica dando legitimidad a la subjetividad sexual y animando la mentalización y comprensión de estos aspectos de la experiencia. En lugar de reducir la excitación, esta mentalización puede mejorar la capacidad para divertirse con la alteridad de nuestros selfs y ayudar a transitar con mayor facilidad por diferentes estados mentales. Comprender que queremos y porqué puede ayudarnos a negociar entre nuestros sentimientos de deseo y vergüenza de forma menos comprometida.

Hay una ironía triste, si no es paradójica, en la idea de que el éxtasis que esperamos alcanzar con el erotismo se funde en heridas narcisistas que fracturan la experiencia del self y dan “alimento” al erotismo. Quizás por ello aunque la sexualidad sea satisfactoria continúa produciendo deseos. Necesitamos un sentimiento ilusorio de plenitud, llenar un agujero que nunca se podrá llenar. Pero, en todo caso, nuestras experiencias eróticas nos pueden enseñar que parte de ese relleno lo podemos lograr reconociendo y aceptando las incongruencias que llevamos dentro.

REFERENCIAS

- Aciman, A. (2007), *Call Me By Your Name*. New York: Farrar, Straus and Giroux.
- Bader, M. (2002), *Arousal: The Secret Logic of Sexual Fantasies*. New York: Thomas Dunne Books.
- Bem, D. (1996), Exotic becomes erotic: A developmental theory of sexual orientation. *Psychol. Rev.*, 103:320–335.
- Benjamin, J. (1988), *The Bonds of Love*. New York: Pantheon.
- Bentley, T. (2004), *The Surrender: An Erotic Memoir* (p. 51). New York: Regan Books.
- Bromberg, P. (1998), *Standing in the Spaces: Essays on Clinical Process, Trauma and Dissociation*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Butler, J. (1995), Melancholy gender—Refused identification. *Psychoanal. Dial.*, 5:165–180.
- Chodorow, N. (1994), *Femininities, Masculinities, Sexualities*. Lexington: University of Kentucky Press.

- Coontz, S. (2005), *Marriage, a History: From Obedience to Intimacy or How Love Conquered Marriage*. New York: Viking.
- Corbett, K. (2001), Faggot = loser. *Studies Gender & Sexuality*, 2:3–28.
- Cose, E. (1995, February 13), One drop of bloody history. *Newsweek*, 70.
- Crastopol, M. (2002), The dwelling places of self-experience. *Psychoanal. Dial.*, 12:259–284.
- Davies, J. M. (2003), Falling in love with love: Oedipal and postoeidipal manifestations of idealization, mourning, and erotic masochism. *Psychoanal. Dial.*, 13:1–27.
- _____ (2006), The times we sizzle, and the times we sigh: The multiple erotics of arousal, anticipation and release. *Psychoanal. Dial.*, 16, 665–686.
- Dimen, M. (2003), *Sexuality, Intimacy, Power*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Fairbairn, W. R. D. (1952), *An Object Relations Theory of the Personality*. New York: Basic Books.
- Freud, S. (1912), On the universal tendency to debasement in the sphere of love. *Standard Edition*, 11:177–190. London: Hogarth Press, 1957.
- Frommer, M. S. (2000), Offending gender: Being and wanting in male same-sex desire. *Studies Gender & Sexuality*, 1:191–206.
- Goldner, V. (1991), Toward a critical relational theory of gender. *Psychoanal. Dial.* 1:249–272.
- _____ (2004), Attachment and eros: Opposed or synergistic? *Psychoanal. Dial.* 14:381–396.
- Grand, S. (1997), On the gendering of traumatic dissociation: A case of mother-son incest. *Gender & Psychoanal.*, 2:55–75.
- Harris, A. (1991), Gender as contradiction. *Psychoanal. Dial.*, 1:197–220.
- _____ (2005), *Gender as Soft Assembly*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Iasenza, S. (2002), Beyond “lesbian bed death”: The passion and play in lesbian relationships. *J. Lesbian Studies*, 6:111–120.
- Kernberg, O. (1995), *Love Relations: Pathology and Normality*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Layton, L. (1998), *Who’s that Girl? Who’s that Boy? Clinical Practice Meets Postmodern Gender Theory*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press, 2004.
- _____ (2004), A fork in the royal road: On defining the unconscious and its stakes for social theory. *Psychoanal., Culture & Society*, 9:33–51.
- _____ (2006), Racial identities, racial enactments, and normative unconscious processes. *Psychoanal. Quart.*, 75:237–269.
- Mitchell, S. (1993), *Hope and Dread in Psychoanalysis*. New York: Basic Books.
- _____ (1997), Psychoanalysis and the degradation of romance. *Psychoanal. Dial.*, 7, 23–41.
- _____ (2002), *Can Love Last? The Fate of Romance Over Time*. New York: Norton.
- Nussbaum, M. (2001), *Upheavals of Thought*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Ogden, T. (1994), *Subjects of Analysis*. New York: Aronson.
- _____ (2004), The fate of romance over time. *Psychoanal. Dial.*, 14:373–379.
- Rothblum, E., & Brehony, K. (1993), *Boston Marriages: Romantic but Asexual Relationships Among Contemporary Lesbians*. Amherst: University of Massachusetts Press.
- Stein, R. (1998), Passions friends, Passion’s enemies: Commentary on paper by Stephen A. Mitchell. *Psychoanal. Dial.*, 8:547–560.
- Stoller, R. (1985), *Observing the Erotic Imagination*. New Haven, CT: Yale University Press.

NOTAS

¹ Publicado originalmente como: Frommer, Martin Stephen (2006). 'On the Subjectivity of Lustful States of Mind', *Psychoanalytic Dialogues*, 16: 6,639-664. Publicación on-line: 5 de Abril de 2007. Reproducido y traducido con permiso del autor y de la editorial propietaria de los derechos (Taylor & Francis, <http://www.informaworld.com>). Traducción castellana de Susana Espinosa Gonzalbo.

² Martin Stephen Frommer, Ph.D. es miembro del cuerpo de profesores y Supervisor del Programa de Formación Psicoanalítica del *Institute for Contemporary Psychotherapy* en New York City, así como Editor asociado de *Psychoanalytic Dialogues*. Dirección de contacto: 160 East 88th Street, Suite 1A New York, NY 10128 MSF2547@aol.com